

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 13

Mayo de 2007

Palabra de Dios

Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo. Por lo demás, el Señor agregaba al grupo a los que cada día se iban salvando.

(Hch 2, 46-47)

Índice

La Comunidad	1
Enseñanza: El Crecimiento en la Comunidad. Lázaro Iparraguirre	2
Enseñanza: Predicar desde la Comunidad. Chus Villarreal	5
Este Mes: Sacramento del Matrimonio. Pedro Reyero	8
Para Meditar	10
El Rincón de los Testimonios: En la plenitud de la VIDA. Irene Lain	11
El Rincón de los Testimonios: La Pasqua de Herencia. Mayte González	12
Recordemos qué es la Renovación: El fin de semana en Duquesne. Patti Gallagher Mansfield	14
Noticias...Noticias...Noticias	16
Ideas para tu Biblioteca	17
A Tu Servicio	18

La Comunidad

La Renovación nos ha redescubierto la comunidad, como un lugar de acogida y crecimiento de la vida nueva a la que Cristo resucitado nos llama y nos convida.

La comunidad es la familia imagen de la de Dios, unificada por el Espíritu que le permite a Jesús llamar Padre a Dios (Mt 6, 9), al tiempo que se alegra el cielo y goza la tierra.

La comunidad tiene su origen en Dios, y es esa presencia prometida suya la que le hace estar atenta a ser conducida por Él, porque el resucitado ya vive eternamente.

Y esto lo experimentamos todos: cuando nos reunimos en nuestra comunidad y con otras comunidades, y vemos cómo un mismo Espíritu es el que vive, el que crece y el que se manifiesta en cada persona, así como en cada uno de los grupos o comunidades donde vivimos el Reino

Y es en la comunidad y solo en la comunidad donde experimentamos ese impulso privilegiado para vivir la vida nueva, gracias a la escucha y la obediencia, a través de un deseo renovado y permanente de reconocer y aceptar la pobreza, individual y colectiva.

Cuando asume esa pobreza, la comunidad pasa a entregarla y, así, camina en confianza, pues sabe que es el poder del Espíritu el que la lleva hacia delante, porque es doctrina segura: *...si morimos con Él, viviremos con Él* (2 Tm 2, 8-11).

La comunidad entonces se sabe amada y elegida, y se goza en Aquel que la purifica; desde Él se sabe sal y fermento, porque ya no se pertenece a sí misma sino que pertenece a Aquel que la eligió. Y eso ya no puede callarlo, y al proclamarlo se hace luz porque entrega a Aquel *que se entregó*.

En este *se entregó* enlazamos con el sacramento que se nos va a iluminar en estas páginas: el del matrimonio, al que vamos a descubrir como fuente de crecimiento, porque podríamos decir que el matrimonio es la comunidad doméstica. Él, ella y el Amor que les une. Desde ahí se pueden decir: *"tú sabes que te amo"*.

Lo sublime de ese momento es que cada uno está entregando al otro lo que ha recibido, y están aceptando, con toda humildad, lo que se les regala, pues cada uno sabe de su necesidad.

Porque el matrimonio que vive ese Amor, espera y confía en el Señor y siente cómo sus fuerzas se renuevan y avanzan sin fatigarse.

Y hasta en las noches oscuras sienten estos enamorados cómo una Luz de seguridad se derrama en sus corazones, y siguen adelante experimentando cómo sus vidas se enraizan más y más en Dios.

Son como ese árbol plantado a la orilla del río de la gracia, de donde le viene la fortaleza para no doblegarse y que le lleva a dar fruto, y éste en abundancia, porque son los frutos del Espíritu que Cristo, desde la derecha del Padre, les alcanza.

Enseñanza: El Crecimiento en la Comunidad

Hablar o escribir sobre la comunidad cristiana y carismática es siempre un reto difícil. A este propósito, recuerdo lo estudiado en mis tiempos de teología sobre la estructura de la comunidad cristiana, tal como aparece reflejada en los primeros capítulos del libro de los Hechos. Ahí aparecen dibujados con nitidez meridiana los cuatro pilares que sostienen la construcción de la comunidad (Hch. 2, 42-47).

Pero además de esto dispongo de una riqueza añadida: la suerte de haber crecido siempre en una comunidad. De niño y adolescente viví entre mis compañeros y educadores experiencias estupendas. De joven me sentí enriquecido en la convivencia en comunidades más amplias, incluso internacionales, como en los años de mi formación en Roma. Después de ser ordenado sacerdote y asignado a mi comunidad carmelitana tuve la fortuna añadida de conocer otra comunidad: la comunidad carismática que comenzaba a bullir entre los diversos grupos de Bizkaia. Posteriormente ese movimiento se concretó para mí en lo que es la actual comunidad de Oka.

Sirva esta introducción para clarificar que lo que hipotéticamente pueda aportar a mis hermanos de la Renovación Carismática nace más de la experiencia vivida, y menos de la reflexión teológica sobre los fundamentos de la comunidad. Ciertamente es que me preocuparía mucho que esta aportación no estuviera en consonancia con ella, pero aún así quiero dejar bien claro desde el principio que esta reflexión toma en consideración, sobre todo, la experiencia vivida en los últimos veinte años con mi grupo carismático de referencia, que es, como he señalado, la comunidad de Oka, una comunidad laica en la Renovación, de la Renovación y para la Renovación, a su servicio.

Primer factor determinante del crecimiento es, a mi parecer, la ESCUCHA de Dios. La comunidad cristiana carismática, como todo lo que nace del Espíritu, es una obra del Señor y, en ese sentido, no puede quedar reducida a ser un grupo de amigos (aunque sea el Señor quien los hizo tales) que se juntan por mutuas simpatías, por una religiosidad más o menos común y por un deseo de vivir juntos una liturgia de alabanza que les resulta agradable, y que pone una innegable nota de piedad bien entendida en sus vidas. La comunidad ha de ser un pueblo convocado por el Señor y puesto en línea de salida para responder a la invitación de aquel que nos llama a salir de nuestra tierra, la tierra de nuestro individualismo, de nuestro “derecho” a ser los propios gestores de nuestro futuro y de nuestro caminar, de nuestras propias opciones personales, para compartir, en todo, el camino y el destino de ese grupo de hermanos y hermanas que Dios trajo junto a mí. Ya no soy yo. Ahora soy pueblo. En este pueblo vivo, con este pueblo camino y, por lo tanto, a este pueblo me someto. Además, en este sentido, la tipología de Abrahán o la del Éxodo nos ayudan a entender que la primera característica de este pueblo es estar en movimiento, caminar de un lugar a otro, pero siempre “al lugar que yo te indicaré” (Gen. 12, 1).

Creo que podemos mirar en la dirección que señala la experiencia humana para comprobar que esto no resulta tan sencillo como parece. Nos cansamos de caminar; vivir a la intemperie nos agota; depender cada día

de la indicación de otro pone a prueba nuestra fe y nuestra resistencia. Por eso, casi de un modo inconsciente, preferimos establecernos, construir altares y rendir culto a Dios. Por eso no es anormal ni inhabitual caer en la rutina del que cree haber llegado a su destino, y convertir la experiencia actual de la comunidad en punto de llegada, estación término, del peregrinaje cristiano. Vivir en comunidad, en el sentido de alabar a Dios en comunidad y no solos, compartir ciertas experiencias positivas que esto genera, puede darnos la sensación de haber puesto un enorme plus en nuestra vida cristiana.

Hay una gran diferencia entre vivir el cristianismo como una religión de culto, incluido el hermoso culto de la alabanza y acción de gracias, convirtiéndola en algo que gira cíclicamente en torno a sí mismo, y una vida cristiana proyectada hacia el futuro en la que, ciertamente, es importante el culto y la alabanza e inevitable el regreso cíclico de ciertas experiencias, pero siempre abiertas a una expresión de mayor profundidad y calado, como las ondas producidas por la caída de una piedra en el estanque. Crecer significa no repetir mecánicamente las cosas, no volver a pasar exactamente por el mismo lugar. De ahí que podamos afirmar que lo esencial de nuestra vida carismática no debiera ser el culto sino la experiencia del peregrinaje que lo provoca. Nuestra meta está en el corazón del Padre, hacia el que nos conduce Jesús por medio del Espíritu. Nuestra meta no es, pues, una comunidad en la que se hace posible un culto hermoso, una religiosidad VIVA. Hablamos de meta, claro. Y mientras no lleguemos a ella hemos de estar en movimiento. No es que pensemos que esta experiencia esté fuera de tono. Porque, ciertamente, así es como tenemos que vivir, pero siempre como pueblo que se mueve, que camina, no como pueblo amodo-



rrado que cree haber hecho ya todos los deberes, pueblo que no precisa de nuevas indicaciones para su camino, pues ha llegado a donde quería estar. Si esta actitud de avanzar siempre es un componente esencial del crecimiento cristiano y carismático personal, mucho más lo es aún en la construcción de la comunidad, pueblo de Dios en marcha.

En relación con lo dicho sobre la escucha, le comunidad precisa con más urgencia que nunca el don de PROFECÍA, la presencia en sus entrañas de un PROFETA. El profeta, que vive en la comunidad, que forma parte de ella, es imprescindible para su crecimiento. Si bien es cierto que es a toda la comunidad a la que compete la actitud de escucha a la voz del Señor, no es menos cierto que alguien lo ha de hacer de un modo más carismático, más ungido. Él o ella han de estar, porque así Dios lo ha querido, en permanente escucha, bien situados en la atalaya desde donde se contempla el horizonte de Dios. Y esto es un don del Señor. Pero si es verdad que la comunidad es el pueblo de Dios, hemos de tener la certeza de que siempre habrá un UNGIDO para este menester. Sin él o ella Dios no podría conducirnos.

La experiencia nos habla a las claras de que otro factor determinante del crecimiento de la comunidad cristiana es la existencia de un(os) líder(es). Tal vez la palabra líder no sea la adecuada, por las connotaciones humanas que tiene y porque en el momento histórico que vivimos la vemos demasiado vinculada a experiencias que han terminado siendo un gran fiasco. Pero sí lo es el concepto. Sin alguien carismáticamente constituido por el Señor como guía, entiendo yo que será muy difícil caminar en la maduración y el crecimiento de la comunidad. En esta afirmación tal vez la palabra que hay que subrayar sea el adverbio “carismáticamente”. Un líder en la comunidad cristiana es y sólo puede serlo un hombre o una mujer carismáticos, ungidos. Alguien que haya entregado al Señor su vida y su destino, alguien con fe y con coraje

para haber respondido positivamente a la propuesta del Señor “¿A quién enviaré? ¿Quién irá por mí?” (Is. 6, 8). Y esto no es cuestión de buena voluntad. No es cuestión, como dice San Pablo, de “querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia” (Rm. 9, 16). Un hombre o mujer PROFETA y UNGIDO es un don necesario que hemos de pedir al Señor. Con insistencia, con la convicción de que en ello nos jugamos lo esencial. La verdad es que parcheamos demasiado nuestras realidades. Como la teoría o el simple sentido común dicen que hemos de tener o nombrar un guía, pues nombramos uno y ya está. La



experiencia es tozuda y nos demuestra lo contrario. Solo aquel o aquella persona constituida carismáticamente por el Señor puede hacer esta labor. Ellos concitarán la aceptación espontánea de la comunidad, porque esta reconocerá con naturalidad su carisma. “Mis ovejas escuchan mi voz” (Jn. 10, 3), dice Jesús. Las ovejas del Señor reconocen espontáneamente la voz del pastor, saben que pertenece a Jesús mismo, sean cuales fueren las apariencias que disfrazan al portavoz de la misma. Es un DON NECESARIO

para la comunidad, tanto la entrega del elegido para el pastoreo como el reconocimiento explícito e implícito de su carisma por parte de los demás.

Acostumbrados al deslumbramiento mágico de todo lo democrático, también nosotros hemos querido una y otra vez construir la realidad de Dios adornándola con este “detalle”. No es que piense yo que debamos tener nada en contra de la democracia, claro está. Pero la democracia vale para lo que vale. Y punto.

En la obra del Señor hay UN pastor, que es JESÚS. El resto somos ovejas que no podemos ni debemos cuestionar un día sí y al otro también, y condicionar, por tanto, su pastoreo. A ninguno de nosotros se nos ocurriría seriamente enmendarle la plana a Jesús. No lo debemos hacer tampoco en este aspecto con aquel o aquellos que lo representan. Eso, claro está, si queremos crecer, si queremos seguir caminando, si queremos “más y más de Cristo, más de su poder, más de su presencia, más de Él”.

Hay también otro factor importante, de puro sentido común: todo lo que ayuda a construir humanamente un GRUPO compacto ha de ser bueno. “Examinadlo todo y quedaos con lo bueno” (1 Tes. 5, 21), dirá San Pablo. La base de la comunidad es un grupo humano. Y es por ello evidente que todo aquello que ayude a construir lazos humanos cordiales y estables será al mismo tiempo un elemento constructor del crecimiento de la comunidad. Y viceversa. Lo mismo podemos decir, por lo tanto, de lo que no ayuda, de lo que es obstáculo, en esta ocasión para evitarlo. Lo que quiero remarcar ahora es que no es bueno que caigamos en la tentación de ESPIRITUALIZAR excesivamente la obra de Dios. Creemos en un Dios encarnado, un Dios que asume nuestra realidad corporal para poderse comunicar con nosotros. Han pasado, afortunadamente, los tiempos en que lo humano conservaba un nítido tufillo poco menos que diabólico. Eran tiem-

pos en que las realidades, cuanto más humanas, menos de Dios. El Espíritu de Jesús nos pone en este sentido en otra onda. No por ser “humano” deja de ser de Dios. Claro que nuestra comunidad carismática ha de superar lo meramente humano, pero superación no significa negación. Es más, la experiencia, gran maestra tanto en las cosas de los hombres como en las de Dios, nos asegura que la base de una buena comunidad cristiana carismática es una buena comunidad humana, una comunidad entrelazada de relaciones interpersonales ricas y maduras.

Hablábamos más arriba del líder y del profeta. Tal vez en un sentido más práctico, la construcción y el crecimiento de la comunidad exigen también en este aspecto alguien que aglutine y que tenga “autoridad” suficiente para marcar el camino, en positivo, y para enderezar desviaciones, en negativo. Es una tarea imprescindible. Y también muy difícil y delicada. No olvidemos que las comunidades las componemos personas humanas, llenas de debilidades y con una innegable experiencia de pecado en cada uno de nosotros. No basta confesar esto con la boca pequeña. No basta reconocerse pecador en abstracto. Eso no cambia nada. Es preciso poner sobre la mesa, cuando sea preciso, el pecado de la comunidad o de sus miembros, porque ese pecado es una rémora que amarra el corazón mismo del proyecto de Dios. Aquí es donde se nota de verdad el auténtico liderazgo en la comunidad. Claro que en este punto habría mucho que decir sobre los respetos humanos... sobre todo por parte de quien ha de asumir en el nombre del Señor ese papel. “¿Quién soy yo para corregir a mis hermanos? ¿Acaso no soy yo mismo pecador? ¿No coartaré la libertad de mis hermanos diciendo tales cosas?” Es un problema serio, ciertamente. Pero el respeto humano no puede convertirse en dejación ni mucho menos en miedo a sacar a la luz lo que no está bien. Y esto nos cuesta mucho. Es lo que menos nos gusta. Sin embargo, es IMPRES-



CINDIBLE. A veces un falso sentido del pudor, un “respeto” excesivo a lo que no vemos bien en la marcha común, un pensar correctamente que hay que aceptar a cada cual como es, que hay que respetarlo con sus dones y sus defectos, etc. (cosas que, de paso, sabemos son bien correctas) nos pueden hacer perder el horizonte del plan del Señor sobre la comunidad. Además, una cosa no tiene que ver con la otra. Si el Señor pide algo a la comunidad la cuestión es que la comunidad lo dé, no que por respetar a cada uno como es, jamás nos cuestionemos si no estaremos acaso obstaculizando la obra del Señor. Está claro que esta labor no la puede hacer cualquiera, sino únicamente aquel que tiene en la comunidad esa “autoridad carismática”, don de Dios aceptado y don de Dios reconocido.

Con todo, el verdadero crecimiento de la comunidad se realiza en la entrega de los hermanos unos a otros, en la actitud de servicio. Darse a los demás, vivir no solo con ellos, sino también para ellos. Ponerlos en primer plano, haciendo descender el protagonismo del yo personal. Así, al disminuir uno mismo por la entrega amorosa se engrandece a la comunidad. Servir es, además, el modo natural de hacer funcionar a la comunidad como un cuerpo armónico, en el que cada uno ocupa el lugar adecuado para el correcto funcionamiento de la totalidad. La actitud de servicio para lo que se precise y cada vez que se precise es, por otra parte, la que hace descubrir a cada cual el puesto que le es asignado por el Señor. De este modo, y de una manera natural, la comunidad va vien-

do cubiertas sus necesidades. Y hay que remarcar, claro está, que el servicio y la entrega de la que hablamos, para que sirvan para el crecimiento de la comunidad, se han de realizar en la dirección de lo que esta necesita, no en la búsqueda del propio lucimiento. Hay labores aparentemente sin brillo, a las que casi nadie se apunta, pero que son las que sostienen el edificio de la comunidad. Realizar cualquier tarea, la que sea, pero

hacerlo con entrega, con amor, nos vuelve auténticos expertos en lo que hacemos. De esa manera el grupo se enriquece visiblemente.

Un último punto sobre el que solo queda espacio para algo más que la pura mención. Echando la vista atrás y viendo el camino recorrido se me antoja uno de los fundamentales, si no el principal en el crecimiento de la comunidad: se trata de la MISIÓN. Somos convocados por el Señor para ser enviados en su nombre. En la voluntad del Señor no hay solo un “qué”, sino también un “para qué”. Cada comunidad, si quiere ser ella misma, ha de descubrir el suyo en constante escucha del Señor. Común denominador de toda misión es la labor de evangelización. Anunciar al Señor, testimoniar su presencia viva y la gratuidad de su amor, sirven, claro está, al reino de Dios, pero son sin duda la mejor oportunidad para que crezca la propia fe y la fe de la comunidad. Anuncio del Señor usando los carismas que él reparte a cada uno y que son descubiertos en la medida de la entrega de lo que cada uno es al servicio del reino de Dios. Cualidades personales que, puestas al servicio del Señor, quedan misteriosamente enriquecidas y elevadas al rango de don y de carisma. A mayor labor de evangelización, mayor aparición de carismas personales y grupales en la comunidad. Y así, mayor crecimiento de la comunidad misma.

Lázaro Iparraguirre O. C. D.

Enseñanza: Predicar desde la Comunidad

Hace unas semanas prediqué durante seis días los ejercicios espirituales a los monjes de la Abadía de Leyre, en Navarra. Según mi costumbre, mi intención era hablar desde algún libro o carta de la Biblia. Bastantes días antes sentí que, en esta ocasión, debería hacerlo desde el Apocalipsis, cosa que no me agradaba nada. Por eso, cada vez que me venía la idea la rechazaba y no quería aceptarla. Para mí el Apocalipsis era un libro galáctico en el que se narran terribles batallas extraterrestres, totalmente ajenas a mi comprensión. Nunca me han gustado ese tipo de películas como la Guerra de las galaxias, por su irrealismo y su desbocada y paranoica imaginación. Mi razón no encontraba ningún agrado para poder hablar desde el Apocalipsis durante seis días a unos monjes con un mínimo de lógica y cordura.

Como podéis imaginar me daba miedo, mucho miedo. Una de las pocas imágenes del libro que lograba entender es esa que se nos narra en el capítulo 10 que dice:

Vi otro ángel poderoso, que bajaba del cielo envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza, su rostro como el sol y sus piernas como columnas de fuego. En su mano tenía un librito abierto. Puso el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra... Y la voz del cielo que yo había oído me volvió a decir: "Vete, toma el librito que está abierto en la mano del ángel". Fui donde el ángel y le pedí el librito. Al dármele me dijo: "Toma, devóralo, te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel". Así me sucedió. Entonces oí de nuevo: "Tienes que profetizar a muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes".

Yo no soy un novato en esto de la predicación. Sé que a Cristo crucificado no se le predica desde nuestra lógica. Por eso, sabía de sobra que iba a predicar del Apocalipsis por pura fidelidad y que me iba amargar las entrañas. En efecto, mi colon empezó a sentir la influencia de una palabra "absurda" vivida en la fe. No entendía

nada de ella, pero tenía que predicarla. Esta vivencia de fe te produce una irritación difusa, una agresividad que apenas puedes disimular, saltas por cualquier cosa. Siendo todo ello obra del Señor, parece una contradicción lo que digo. Se supone que las cosas del Señor deberían ser siempre razonables, pacíficas y suaves. Y sí lo son, en el espíritu. En la carne somatizas toda la irracionalidad de una predicación que no es humana, que no discurre por cauces normales, que no sigue la lógica ordinaria del discurrir humano.

Palabra profética

Es inútil que pasen los años, que tengas tablas, que estés convencido de que todo irá bien. La predicación en fe, aunque sea a un grupo de monjitas ancianas, siempre asusta a la carne y se le hace desagradable. El hecho de que el auditorio sea selecto añade su tanto de respeto y nerviosismo, pero cuando vives la predicación como Palabra, no significa un cambio cualitativo. Es el absurdo e irracionalidad de lo que vas a predicar lo que hace verdadero daño. Me costó trabajo y muchos años el darme cuenta de que, más de una vez, al volver muerto después de dar unos largos ejercicios espirituales, mi cansancio no provenía del esfuerzo realizado sino de la acción de la palabra "irracional" en mis entrañas.

Yendo a Leyre esta vez, me acompañó en el coche una chica que después se volvería en tren desde Pamplona. Durante el viaje hablamos mucho de todo esto. A ella se le hizo cortísimo. Yo necesitaba contarle y desahogarme, pero fue un intento inútil. Ella me acompañó y se lo agradecí con toda mi alma, pero a ciertos niveles ni los demás ni tú mismo te puedes consolar. Nadie te puede librar de la amargura que la palabra te produce en la entraña. Si esto sucediera, la palabra de Dios sería racional y no tendría nada que ver con un Cristo crucificado. La chica se me ponía nerviosa por no poder consolarme, pero en un momento dado le dije: "No te preocupes,

Se supone que las cosas del Señor deberían ser siempre razonables, pacíficas y suaves. Y sí lo son, en el espíritu. En la carne somatizas toda la irracionalidad de una predicación que no es humana, que no sigue la lógica ordinaria del discurrir humano.

porque ya le voy sacando gusto a esta cruz de la predicación".

San Pablo tiene un capítulo en la primera a los Corintios en el que aparece deprimido y triste en la carne, pero de un acercamiento y comprensión del Cristo crucificado inauditos. Acababa de fracasar en Atenas y, en los pocos kilómetros que hay entre Atenas y Corinto, su corazón fue quebrantado al máximo. Les dice con asombro a los corintios: "Hermanos, he experimentado en mi propia carne que el designio de Dios no es el de salvarnos por la riqueza y sabiduría humanas sino por la necesidad¹ de la predicación. Esto es muy difícil de comprender. De hecho los griegos piden sabiduría y los judíos pruebas y señales, pero Dios no nos ofrece otra cosa que a Cristo y éste crucificado, escándalo para los unos y para los otros. Por eso yo, cuando llegué a vosotros, no os quise hablar con palabras sabias y eruditas sino que llegué tímido y tembloroso confiando únicamente en el poder del Espíritu. No me avergüenzo de predicar a este Cristo, el cual, aunque sea escándalo para otros, para los creyentes es fuerza poderosa de Dios".

En efecto, al llegar a Corinto la carne de Pablo temblaba. No podía fiarse de sí mismo, de su preparación, de sus estudios con Gamaliel. Confiar en ello era volver a fracasar porque la fuerza de Dios se distribuye por otros cauces. En sus entrañas la Palabra se le hacía amarga, porque los resultados y el simple quedar bien estaban en

manos de Otro. La Palabra le pertenece a Dios, y el predicador, simple instrumento, sufre la “irracionalidad” del designio de Dios. Ahora bien, aquel que, como Pablo, va experimentando la fuerza del Espíritu, no solo no se avergüenza de Dios y de su evangelio en Cristo, sino que pasa por todo con tal de salvar y ganar algunos para la causa.

Solo desde esta pasión y sufrimiento del predicador, se puede predicar una palabra profética y quebrantadora. El profeta es el que habla a los hombres de parte de Dios. Cuando el oyente se ve radiografiado y siente que lo que se habla está dicho para él, es que la acción del Espíritu, mediante su profeta, le está tocando. Esto solo ocurre cuando, como en Pablo, el predicador, vacío de sí mismo y probado por la acción del evangelio en su vida, anuncia algo de Dios. Esta kénosis o humillación del instrumento es necesaria para que él y los demás entiendan que la palabra es y viene solo de Dios.

El kerigma

Hay dos clases de predicación: una que procede al modo de la catequesis, la enseñanza y la teología. Esta no es profética ni quebrantadora, a no ser en casos aislados. La razón es que se hace con ideas y una buena preparación para explicar la fe, desentrañándola para que el cerebro humano la pueda entender, asimilar y comunicar a los demás. Es imprescindible para formar la fe. No es profética porque actúa al modo de la sabiduría humana con conceptos, juicios y raciocinios, aunque sus principios procedan de la fe. Lo racional por su misma esencia es limitador. Aquí la preparación del predicador es esencial para que los oyentes entiendan el mensaje.

Este tipo de predicación también puede ser un carisma del Espíritu y, en él, el Señor actúa poniendo unción en las ideas y palabras del catequista, y atención y escucha en el corazón del oyente. Es muy importante que se viva como carisma porque al realizarse mediante ideas, si no hay Espíritu, los contenidos pueden transformarse en ideología, no arraigando ni en lo natural ni en lo sobrenatural y, por lo tanto, no transmitiendo vida sino partidismo y radicalismo. La catequesis sin

Hay otra predicación que no se dirige al cerebro sino al corazón de los oyentes. Esta no ilustra ni forma sino que quebranta.

Espíritu es peligrosa, ya que entonces la ideología sustituye a la fe y se transforma en cultura o política, creando su propio ámbito de realidad, su propia burbuja y, pensando que habla en nombre de Cristo, lo hace desde sí misma.

Hay otra predicación que no se dirige al cerebro sino al corazón de los oyentes. Esta no ilustra ni forma sino que quebranta. No trata de enseñar cosas nuevas, por lo que el oyente no sale enriquecido intelectualmente pero tal vez sí quebrantado. Esta es la predicación necia que se basa en el anuncio de Jesucristo y éste crucificado. No trata de convencer sino de impactar con el poder del Espíritu. No se basa en la sabiduría ni tampoco en la experiencia del predicador sino en el poder de la fe, si bien es importante que el anuncio haya pasado antes por la encarnación del que predica, es decir, por su experiencia, con el fin de darle un mínimo de credibilidad racional. Si el oyente se percata de que el que habla lo hace desde dentro, desde la experiencia de un cambio de vida, está mejor predispuesto para la escucha.

Y es que esta predicación no forma sino que engendra o acrecienta la fe. Y es imprescindible para constituir comunidades nuevas al estilo paulino, es decir, donde no hay fe. Cuando exista la fe, otros vendrán a formarla. La dificultad de esta forma de predicación es que no se puede aprender, tiene que ser dada y revelada. La preparación del predicador es muy importante pero no en todos los casos esencial. Es el Espíritu el que tiene la palabra. No puede ser tampoco juzga-

(...) esta predicación engendra o acrecienta la fe. Y es imprescindible para constituir comunidades nuevas al estilo paulino, es decir, donde no hay fe.

da porque no contiene elementos racionales sobre los que recaiga el juicio; se sitúa en una onda muy distinta de la del juicio y raciocinio. Si alguien, a quien no se le ha dado, la juzga, está juzgando al Espíritu Santo. Su crédito tiene que venir del poder del Espíritu y de los signos, como pueden ser la compunción y los cambios de vida.

La Iglesia nace de esta palabra, es decir, del Espíritu Santo. Si uno la predicara en pecado mortal, por ejemplo, con odio en el corazón, sentiría que estaba cometiendo un sacrilegio, cosa que en la catequesis y la teología no se resiente de la misma manera. Es una palabra virgen y, por tanto, lo que nace de ella es también virginal, no deducido de nada ni engendrado por José o por varón alguno. Esta predicación no solo suscita la fe sino que alimenta la vida entera. La comunidad que carece o soslaya esta predicación

La Iglesia nace de esta palabra, es decir, del Espíritu Santo.

se racionaliza y pierde el vigor del Espíritu, vegetando en la palabra catequética, que forma la fe pero no la incrementa. De este modo se puede dar la sensación de que conociendo muchas cosas de Jesucristo se cree y se está más cerca de él pero, en realidad, el mensaje se deteriora hasta convertirse en ideología o vano devocionismo. Como suele decirse no se trata de conocer muchas cosas sobre la persona de Jesucristo sino a Jesucristo en persona. No digo nada cuando la catequesis solo predica valores cristianos expulsando de ellos a la persona de Cristo como, por desgracia, sucede hoy en muchos casos.

Desde la comunidad

Cuando yo llegué a Leyre aspiraba a poder dar, al menos, una buena catequesis sobre el Apocalipsis, pero esto me fue imposible porque no entendía lo suficiente de él por más esfuerzos y dedicación que le había prestado. Tuve que predicar en fe. Aunque ya estoy acostumbrado, así lo hice, apoyándome, por mi debilidad, todo lo que podía en saberes ya conocidos. Varios monjes me dijeron: “Tú, con el pre-

texto del Apocalipsis, nos has hablado de la gratuidad”. Ellos esperaban, tal vez, una enseñanza o una exégesis directa sobre el texto del libro. Yo les respondí: “¿Creéis que se puede entender este libro sin gratuidad? Los que cantan el cántico de los redimidos en el mar de cristal no han sido elegidos por ser moralmente buenos sino por haber lavado sus vestidos en la sangre gratuita de Jesucristo. Han sido fieles en su vida hasta dejarse muchos de ellos matar por no adorar la marca de la bestia ni haber ofrecido incienso a la estatua del emperador. Esta fidelidad en el martirio, en la segregación, en la marginación cultural y social que significaba no llevar la marca del emperador, ¿de dónde puede venir? ¿De su fuerza de voluntad? El kerigma va mucho más profundo que toda moral y remueve cimientos que son mucho más hondos de lo que imaginamos”.

Pese a todo, el tercer o cuarto día, me tentó el demonio y me quiso hundir. Yo pensaba, intranquilo: “¿Quién soy yo para venir a predicar una gratuidad extraña? ¿No será mejor dejar a los monjes en su esfuerzo personal para ganar el cielo por sí mismos?” En la cara de algunos veía tal desconfianza que me hacía sentir culpable de revolucionar su vida. Hubo una tarde que sentí en el centro de mi espíritu el ataque y el desánimo del Mal. Llegado a la celda, me confortó la Regla de San Benito que tiene palabras preciosas de gratuidad. Un ejemplo: “¿Quiénes pueden habitar en la casa del Señor? Los monjes que por temor del Señor no se envanecen por su buena conducta, sino que, creyendo que nada pueden solos y que ni siquiera el bien que hay en ellos les pertenece, porque todo viene del Señor, lo glorifican en las obras con que actúa en ellos, diciendo con el Profeta: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*”². Y en un momento que salí a pasear por el claustro, porque no me aguantaba ni a mí mismo ni a la soledad, me dijo un monje, ya entrado en años: “Son los primeros ejercicios de mi vida que no me están culpabilizando”.

Lo más importante, sin embargo, me sucedió al día siguiente. En la primera charla sentí que el Señor me decía: “No tengas miedo. Sigue predi-

cando con fuerza. No es una cosa subjetiva, no hablas desde ti mismo. Tienes una “nube de testigos”, tienes una comunidad que avala todo lo que estás diciendo. Esta predicación de la gratuidad, obra de mi Espíritu, cambia vidas y acerca mucha gente a mí. Tu lo ves en los miles de personas que en tu pueblo carismático y en otros conventos y lugares donde se predica esta doctrina han sido tocados por la palabra de la gracia y se han hecho capaces de entonar el cántico nuevo de los redimidos”.

Estas palabras, recibidas con unción, trajeron la paz a mi alma. Comencé a valorar mi comunidad como nunca. Sin comunidad yo sería un francotirador, podría inventármelo todo, no tendría derecho a inquietar la vida de otros. La comunidad era el signo clarísimo con el que el Señor me invitaba a seguir predicando.

Las Constituciones de los Dominicos nos dicen por activa y por pasiva que debemos predicar desde la comunidad. Yo nunca lo había entendido en profundidad hasta ese día. Ahora veo

El predicador sería un falsario si su palabra no brota de una comunidad que la constituye. Por eso aunque la comunidad es engendrada por la palabra, ella, a su vez, gesta la palabra.

bien que, sin una comunidad kerigmática, no se puede hacer un anuncio a ese nivel. No basta con tener Espíritu Santo. El predicador sería un falsario si su palabra no brota de una comunidad que la constituye. Por eso aunque la comunidad es engendrada por la palabra, ella, a su vez, gesta la palabra. Sin signos no hay presencia de Dios y la comunidad es el mejor signo de todos. Por eso la Iglesia es la prueba más evidente de que Cristo ha resucitado.

¿Qué signos encontré en Leyre? Dos, principalmente. El primero, es que he vuelto de Leyre con un cariño hacia aquellos monjes totalmente inesperado para mí. He dicho a algunas personas que vengo medio enamorado

de ellos. El segundo es que en todos, pero especialmente en los siete u ocho monjes que hablaron conmigo en particular, he detectado el signo de la alegría y de querer mucho más de Jesucristo. Uno me dijo: “En el Cristo que nos has predicado se puede creer con toda el alma”.

En el Apocalipsis se nos habla de un libro, cerrado con siete sellos que sólo el Cordero degollado podía abrir. La apertura de dichos sellos le fue revelada, sello a sello, al vidente Juan. Con esta apertura se desvela el sentido de la historia y lo que está por venir. Solo cuando están abiertos los siete sellos se puede conocer. Una de las charlas que les di se tituló: “El séptimo sello”. Juan dice que cuando el Cordero abrió el séptimo sello hubo un silencio como de media hora en el cielo. Esa media hora no es cronológica sino escatológica. Media hora que fue, que es, que será y que viene. Es una media hora eterna que siempre está ahí para el que ha superado el séptimo sello. Es un tiempo y una actitud del alma, una actitud de adoración ante el misterio de Dios manifestado en Jesús. Yo les dije que mi séptimo sello fue la experiencia personal del Espíritu y, por tanto, de la gratuidad. El Espíritu me hizo saber que todo es gracia y que lo que no es gracia, no es. Me hizo saber también que la historia está en manos de Dios. El Cordero es el juez de la historia. Murrió como reo y resucitó como juez. Todo lo que nos pueda pasar está en sus manos. Nada está perdido y nada deja de tener sentido. Ahora bien, sin gratuidad y sin Espíritu Santo, no acabaremos nunca de superar el absurdo de muchas cosas en nuestra historia y en la historia del mundo.

Chus Villarroel O.P.
Abril 2007

¹San Pablo utiliza en griego la palabra “moria”, que también se emplea en los evangelios para expresar la tontería o algo relacionado con los tontos. En latín es stultitia, que significa locura, idiotéz, necedad, falta de juicio.

²Regla de San Benito. Prólogo.

Este Mes: El Sacramento del Matrimonio

Este artículo está sacado de unas notas que nuestro hermano el P. Pedro Reyro escribió hace muchos años. Nos parecía una pena que estuvieran escondidas y que no vieran la luz, es por eso que se publica ahora. Buena lectura y que produzca muchos frutos.

El sacramento del Matrimonio:

-Sacramento

-Vida

-Desviaciones o pecados (en el original, pecados).

Casarse es crear una nueva situación. **Irreversible**, ya que no se puede volver a la situación anterior y **trascendente**, ya que no se puede dejar como si no hubiese pasado nada. No se crearía esta situación si no fuera por la condición religiosa del matrimonio, ya que cada uno se obliga delante de Dios a este compromiso total; cuando se va al sacramento con la legislación del divorcio en el corazón, ya no se contrae con la misma profundidad.

Se unen pues un hombre y una mujer por un sacramento que produce gracia en sí mismo y que tiene unas cualidades que lo hacen profundo.

UNIDAD

Se elige a una persona sobre la que se tendrá un dominio maravilloso. Pero que compromete a dar tanto cuanto se ha recibido.

Se renuncia a la libertad de elegir otros seres entre los que se podría amar y esto es siempre renunciar a uno mismo. El fallo llega cuando no se renuncia del todo, cuando piensas que no es posible poner todo el amor en una persona. Hay que quemar muchas ilusiones, aunque, entregándose del todo, se abren infinitas riquezas.

INDISOLUBILIDAD

“Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”

Problemas:

* El amor ciega un poco. Impide ver los rasgos de la personalidad del otro, y sus fallos saldrán más tarde.

* Además, aunque le conozcas en profundidad no te casarás con él co-

mo es, sino como irá siendo en adelante a lo largo de la vida. ¿Quién sabe del todo lo que es una mujer hasta verla con un hijo? Es enorme el impacto que la mujer siente ante esta situación.

* Vivís separados de novios, os veis en unas horas delicadas y propicias, bien arreglados, ilusionados. Pero ignoras las sorpresas que vas a descubrir por la convivencia cotidiana, matices de carácter que saldrán en la intimidad.

* Es precioso aceptar todo esto pero no es posible sin un gran amor, sin la abnegación en los momentos de cansancio, de desaliento, del sacrificio exigido por los hijos, en los momentos de tentación, en las faltas de delicadeza.

* Muchas desilusiones comienzan con la respuesta inesperada a estas situaciones.

FIDELIDAD

Es lo más importante. Aquí es donde reside la confianza en el otro. Si no hay confianza vienen los celos (como pasión de defensa) y la indiferencia, haciendo vidas paralelas, pero no ahondando en ese encuentro hombre-mujer.

El comienzo del amor es un encuentro, os miráis. La vida de casado debe ser prolongación de ese encuentro, profundizar en esa mirada cada vez más para recibirla con más hondura.

Sin fidelidad no es posible encontrarse, no habrá el descubrimiento de otra alma y esto constituye una de las experiencias más delicadas, hermosas y profundas.

Esta fidelidad, que es corporal y espiritual, crea una situación que se puede romper bien por un pecado o una pasión momentánea que se repara con la confesión, bien por la infidelidad interna afectiva, que crea una situación nueva y destruye la antigua;

se tiene amor no al esposo sino a otro y esto ¿se puede reparar? ¡Qué difícil! La infidelidad te pone como sin patria; se pueden aguantar pero no se aman; los hijos se tienen como algo desagradable, una pesadilla.

FECUNDIDAD

Una corriente muy fuerte nos dice que el matrimonio es solo para el amor y la Biblia dice creced y multiplicaos. Los hijos crean una nueva situación: si faltan crean una gran frustración a los padres, si son demasiados es un problema para una pareja. ¿Qué hacer?

La maternidad es una experiencia que no se puede prever. Todo lo que sueñas o imaginas está bien, pero siempre es distinto. La presencia de ese nuevo ser rompe el sistema afectivo y crea uno nuevo, obligando a morir a uno mismo y a darse, darse sin medida. Abrir el alma mucho más.

Si los hijos no llegan se cae en el egoísmo, que crea entre los esposos una situación inestable que hace que se rompa el matrimonio.

EL MATRIMONIO COMO VIDA

Dos seres unidos. Hechos para complementarse, atraídos mutuamente por la fuerza del amor y de la sexualidad y cuya unión tiene sus peligros y hay que estar atentos.

CUERPO

No se casan las almas sino hombres y mujeres completos. El cuerpo tiene sus deseos, su atractivo, y de una forma tan fuerte que es capaz de absorber el máximo de las energías corporales. Es la materia del contrato matrimonial: los cuerpos de los que se casan. El riesgo es el culto a lo corporal: abraza toda otra vida, si se abusa lo hace todo material, sensible, parece que las realidades espirituales se van y cuando el cuerpo falla se hunde to-

do. Aparecen entonces todas las frustraciones: cambiar de marido o mujer, confundir el amor con el sex-appel, contrato entre dos epidermis. Las consecuencias son la insatisfacción de un amor que solo ha conocido la entrega carnal. Y surge en el corazón: se quería algo más.

ALMA

El alma busca el diálogo, la comunicación, que otro participe de tu interior, que el amor sea el cauce del diálogo a través de la palabra, de la amistad, del noviazgo.

Se anhela conocer a otro para convivirlo. El cuerpo pasa entonces a ser expresión de lo interior y lo supera, ya que el alma se abre sobre todo a la llamada del amor, que es misterio, y este misterio interior atrae mucho más que todo lo que se ve.

Puede suceder que el descubrimiento del interior del otro sea decepcionante, vulgar, vanidoso, egoísta. Y allí donde había tanta belleza exterior, dentro....

Esto ocurre cuando el enamoramiento está cargado de pasión o es muy superficial, de tal forma que no se ve el interior y luego en el matrimonio todo resulta intolerable, ya que se descubre la pobreza del otro y no se ama esta situación.

La pureza en el noviazgo es la mejor preparación para no equivocarse; si no hay pasión, habrá mas conocimiento de gustos, de carácter, de proyectos de vida, de igual forma de pensar y querer respecto a los principales problemas del matrimonio de los que, a veces, ni se habla siquiera y luego constituyen un enorme martirio y pecado a veces.

Sin esto no hay compenetración, se van separando cada vez mas, luego se aguantan y al final, ni eso. Cada uno por su lado.

ESPÍRITU

Hay algo en el hombre que nadie en este mundo puede llenar, es una enorme sed de infinito, de Dios. Cuando no está Dios en el alma se produce el vacío, la

ansiedad, “nos hiciste Señor para ti, y...”

El peligro es que llevados de un falso amor o ilusión, se puede hacer al otro destino del otro y eso es falso, nadie es infinito. Por eso, la unión espiritual de los esposos no es buscarse mutuamente como fin, sino amar los dos unidos en la misma dirección: Dios. Entonces, unidos por Dios, no están solos, aburridos, al contrario, sienten que cada día tienen que caminar más.

La dimensión religiosa del amor lo pide “siempre”, “nunca”, “eternamente”, “jamás”. A pesar de esto, nunca poseerás a otro ser del todo: Dios se ha reservado un lugar, que nadie sino Él lo puede llenar.

PECADOS

- Abuso del cuerpo:

Hace perder el sentido de los valores más altos y puede llevar al adulterio. Si estos fallan se produce irritabilidad, incompreensión, infidelidad.

- Los hijos, algo que puede ser desagradable porque impiden el placer continuo y suponen un gran esfuerzo de trabajo, lo cual no sabe hacer el que solo piensa en la sensualidad.
- Infidelidad.

- Desviación del afecto

El divorcio supone dos vidas sin amor.

La infidelidad a los hijos o a la esposa no es una convivencia con

afecto sino que solo cuenta la pasión.

- Separación espiritual

Soledad al no participar de lo más íntimo de sus almas, porque no tienen la misma fe, no esperan en el mismo Dios, se alejan uno del otro en los momentos en que ni el cuerpo ni los sentimientos llenan. Entonces nace la soledad.

Los celos que nacen de la soledad espiritual, del miedo de no ser dueño del otro. Surge el recelo de que lo pueda poseer otro. Todo esto exige:

Unidad: renuncia a ti mismo para darte.

Indisolubilidad: conocimiento y formación mutua.

Fidelidad: busca al alma del otro, lo demás pasa.

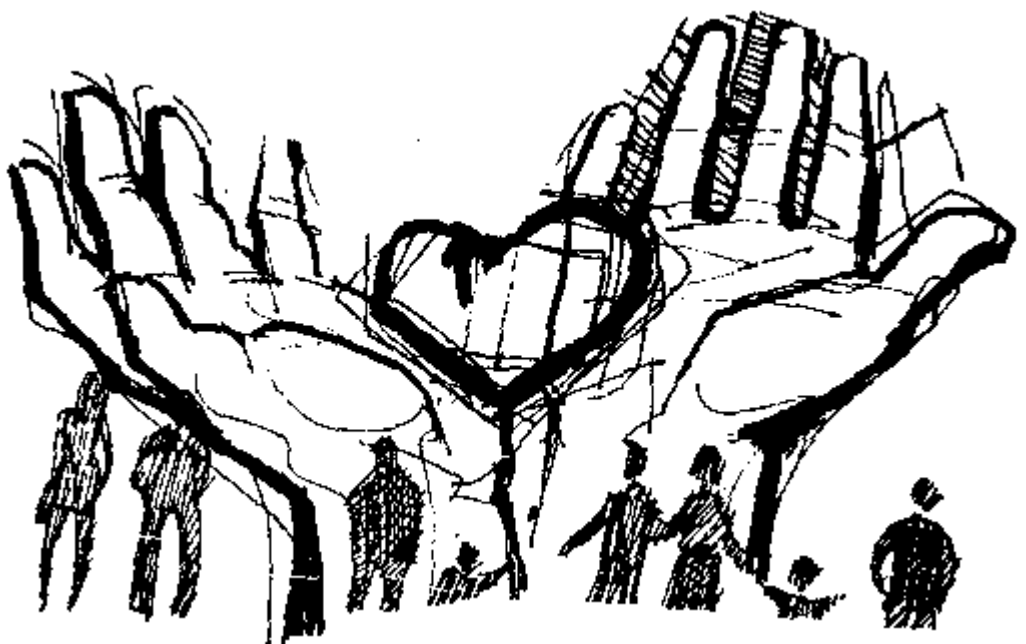
Cuerpo: no lo cifres todo en el cuerpo, hay que superar su encanto.

Alma: necesidad urgente de cultivarla, si no surge la decepción.

Espíritu: Dios presente en tus relaciones, si no el amor se hundirá. Tampoco lo estará en tu hogar, os separaréis.

No es cuerpo-alma-Dios, sino Dios-cuerpo-alma.

Pedro Reyero O.P.



Para Meditar...

De los sermones de san Agustín, obispo

Cantemos al Señor el cántico del amor

Cantad al Señor un cántico nuevo, resuene su alabanza, en la asamblea de los fieles. Se nos ha exhortado a cantar al Señor un cántico nuevo. El hombre nuevo conoce el cántico nuevo. Cantar es expresión de alegría y, si nos fijamos detenidamente, cantar es expresión de amor. De modo que quien ha aprendido a amar la vida nueva sabe cantar el cántico nuevo. De modo que el cántico nuevo nos hace pensar en lo que es la vida nueva. El hombre nuevo, el cántico nuevo, el Testamento nuevo: todo pertenece al mismo y único reino. Por esto, el hombre nuevo cantará el cántico nuevo, porque pertenece al Testamento nuevo.

Todo hombre ama; nadie hay que no ame; pero hay que preguntar qué es lo que ama. No se nos invita a no amar sino a que elijamos lo que hemos de amar. Pero, ¿cómo vamos a

elegir si no somos primero elegidos, y cómo vamos a amar si no nos aman primero? Oíd al apóstol Juan: *Nosotros amamos a Dios, porque él nos amó primero.* Trata de averiguar de dónde le viene al hombre poder amar a Dios, y no encuentra otra razón sino porque Dios le amó primero. Se entregó a sí mismo para que le amáramos y con ello nos dio la posibilidad y el motivo de amarle. Escuchad al apóstol Pablo que nos habla con toda claridad de la raíz de nuestro amor: *El amor de Dios –dice– ha sido derramado en nuestros corazones.* Y, ¿de quién proviene este amor? ¿De nosotros tal vez? Ciertamente no proviene de nosotros. Pues, ¿de quién? *Del Espíritu Santo que se nos ha dado.*

Por tanto, teniendo una gran confianza, amemos a Dios en virtud del mismo don que Dios nos ha dado. Oíd a Juan que dice más claramente aún:

Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él. No basta con decir: *El amor es de Dios: ¿Quién de vosotros sería capaz de decir: Dios es amor?* Y lo dijo quien sabía lo que se traía entre manos.

Dios se nos ofrece como objeto total y nos dice: “Amadme, y me poseeréis, porque no os será posible amarme si antes no me poseéis”.

¡Oh, hermanos e hijos, vosotros que sois brotes de la Iglesia universal, semilla santa del reino eterno, los regenerados y nacidos en Cristo! Oídme: *Cantad por mí al Señor un cántico nuevo.* “Ya estamos cantando”, decís. Cantáis, sí, cantáis. Ya os oigo. Pero procurad que vuestra vida no dé testimonio contra lo que vuestra lengua canta.

Cantad con vuestra voz, cantad con vuestro corazón, cantad con vuestra boca, cantad con vuestras costumbres: *Cantad al Señor un cántico nuevo.* ¿Preguntáis qué es lo que vais a cantar de aquel a quién amáis? Porque sin duda queréis cantar en honor de aquel a quien amáis. Preguntáis qué alabanzas vais a cantar de él. Ya lo habéis oído: *Cantad al Señor un cántico nuevo.* ¿Preguntáis que alabanzas debéis cantar? *Resuene su alabanza en la asamblea de los fieles.* La alabanza del canto reside en el mismo cantor.

¿Queréis rendir alabanzas a Dios? Sed vosotros mismos el canto que vais a cantar. Vosotros mismos seréis su alabanza, si vivís santamente.



El Rincón de los Testimonios

En la Plenitud de la VIDA

Querido pueblo de Dios, quiero compartir con vosotros una experiencia honda y que da plenitud a mi condición de viuda.

Empecé a ir a la Renovación por un motivo de salud, que condicionaba y empobrecía mi vida hasta esos límites que solo el enfermo conoce y los suyos lo sufren, cada uno como puede.

Pedro, mi esposo, consentía esa escapada mía poniendo mala cara, pero se daba cuenta de que el encuentro con el grupo de oración me hacía mucho bien.

Y es que el encuentro con los hermanos, la alabanza y la escucha de la Palabra me abrían una ventana a través de la cual mi fe se fortalecía, mi esperanza se hacía grande y podía palpar el Amor.

Y compraba las cintas para volver a escuchar, y me puse a transcribir las, porque así al mismo tiempo las meditaba. A Pedro esto ya le parecía una excentricidad.

Gracias a esa Palabra oída y meditada, empezó a nacer en mí el deseo de que mi marido también pudiera escucharla. Recuerdo un día que una enseñanza me estaba aportando mucha luz..., y me decía por dentro: *“esto tiene que escucharlo Pedro”*; y, en ese momento, el predicador, como si estuviera leyendo mi pensamiento, dijo: *...y que nadie de los que estáis aquí piense ni por un momento que esta palabra es para el que está en casa, esto es para ti que lo estás oyendo y al que está en casa el Señor se lo dará en el momento oportuno.*

Creo que me puse colorada, me latió el corazón con fuerza, pronuncié un **amén** en mi corazón y seguí escuchando, sabiendo que aquella palabra era para mí.

Y al llegar a casa me encuentro con que la cinta que yo estaba transcribiendo está toda pasada a máquina y terminada. Fui, le di un beso y pregunté: *¿te ha venido bien?* y, por toda respuesta, se encogió de hombros. Pero en ese instante supe que él había entrado en el momento “oportuno” de Dios.

Y así seguimos un tiempo. Pero un día festivo tuve que plantearle que había una eucaristía en la Renovación y quería ir; es más, debía ir. Pero, ¿cómo decirle que era domingo y que también me iba? Me puse en oración pidiendo la palabra y el momento oportuno para decirlo.

Dando un paseo se lo planteé: *¿Te importa si mañana en vez de ir a misa a la parroquia voy al templo de la Renovación, oigo allí la misa y me vuelvo corriendo?* Para mi asombro (mujer de poca fe) me responde: *¿Y para qué volver a la carrera? Vamos los dos.*

Cerré los ojos y adoré. Fui incapaz de articular palabra.

Y desde aquel día y desde aquella hora, los miércoles íbamos juntos, y además de seguir copiando las cintas, pasó a participar en el ministerio de acogida, a colaborar con la librería, a implicarse en las asambleas, al tiempo que su fe crecía y crecía y lo testimoniaba allí donde el Señor le ponía.

Y pasamos a vivir un tiempo nuevo y a pisar una tierra nueva y el Señor nos regaló el vivir juntos la sanación de mi enfermedad (que otro día os contaré).

Así él comenzó a ser *pedra viva* en la iglesia, pues su colaboración en la parroquia pasó a ser entusiasta, al mismo tiempo que gozaba en la comunidad.

Con esa misericordia recibida fuimos haciendo un camino de concordia, pudiendo vivir el día a día en el amor y en la alegría, aunque la piedra en el camino fuera grande y la cruz de muchos días pesada; pero en los ratos de oración sentíamos que Él nos cubría con sus alas y que ahí estaba nuestra fortaleza.

Una mañana al levantarse dijo: *Hoy el Señor me visita con molestias.*

Y las molestias resultaron ser un cáncer de colon muy localizado pero que había que operar. Nos daban todas las garantías. Pero después de la operación bien hecha y garantizada hubo una complicación, que comprensiblemente llevó a otra, y esta a otra, e incluso hasta una quinta en tres

meses, ante la sorpresa y la condolencia de todo el cuadro médico.

Y en todo este proceso, la actitud de Pedro fue inquebrantable: había acción de gracias en todo momento y por todo aquello que estábamos viviendo.

Una de las enfermeras, que le cogió un gran cariño, muchos días le decía: *Quéjate, Pedro, que yo sé que esto duele.* Y él sonriendo le respondía: *Sé que esta es la voluntad de Dios para mí y que Él es misericordioso y compasivo; ahora me estoy sintiendo particularmente amado y le doy gracias porque tú me alivias.*

Ella no podía entenderlo y varias veces tuve que salir al pasillo para consolarla.

En esos tres meses - se le vio - Pedro se fundió en el amor del Padre, se sintió corredor con el Hijo y se sintió asistido por el santo Espíritu de Dios, siendo luz y testimonio para toda la familia y para cuantos nos acompañaron.

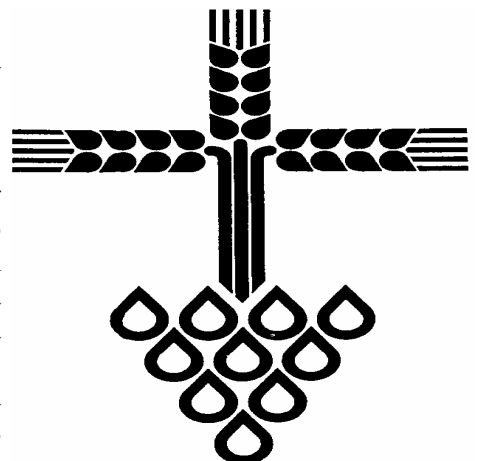
Y entregó su vida, sabiendo que moría y dando gracias por todo lo vivido, sabiendo que pasaba directamente a los brazos del Padre.

Y nosotros sabemos que no tenemos su compañía física, pero le seguimos sintiendo muy cerca.

En un encuentro familiar uno de nuestros hijos decía: *Yo sé que papá está vivo.*

Y casi al unísono dijimos los dos: *Más vivo que nunca, porque está en la plenitud de la VIDA.*

Irene Laín



El Rincón de los Testimonios

La Pascua de Herencia (Ciudad Real)

Soy Mayte, la chica de Madrideojos que conocisteis en la pascua de Herencia.

Apenas han pasado dos días del retiro y esperaba el momento de poder escribirte y compartir contigo mi experiencia. Necesito hacerlo porque todo lo que he recibido no es para mí sino para todos los que el Señor tenga a bien poner en mi camino. Y quería hacerlo cuando todo estuviese ya bien dentro, posándose en mi alma, cuando la euforia (que no el gozo) de todo lo vivido, dejase paso a la paz y a los frutos de ese encuentro, para poder compartirlo mejor.

Me gustaría empezar desde el principio. Como sabes fue totalmente providencial saber del retiro, una odisea encontrar el teléfono de dónde estabais hasta por fin contactar contigo y que nos invitaras con total apertura a compartirlo con vosotros.

Movilicé, todavía no sé cómo, a toda la gente que conocía y muy emocionados por conocer a Chus Villarroel nos dirigimos allí. Hasta ahora le conocíamos por la página web de Fray Escoba que tanto nos ha ayudado. También fue providencial encontrar el sitio a la primera y que cuando pregunté por ti, me dijeran: “mira, la tienes ahí mismo”. Tú nos acogiste y nos prestaste a tu padre para que nos acompañase al rezo de laudes. Cuando terminó la charla, Chus se iba y le abordé presentándome con un poco de vergüenza porque creía que sería mucho abusar. Pero él me miró, me tomó de la mano y ya estuvo con nosotros el resto del tiempo. Fuimos a tomar una cerveza al bar de enfrente. Se interesó por cada uno de nosotros. En un momento le dije que para mí, que era nuevecita en la Renovación, sería muy grande recibir la efusión del Espíritu con él. Entonces él, feliz, me anunció que se estaba organizando el seminario de las siete semanas en Toledo. ¡Qué gozada, claro que lo haría!

Nos fuimos de allí llenas de alegría. Ni me imaginaba el “marrón” que me esperaba al volver a mi casa. Mis padres me echaron una bronca monumental. Entre otras cosas me dijeron que tendrían que tomar cartas en el asunto, que en qué me estaba metiendo, que rezara y fuera a la iglesia los domingos como todo el mundo y punto. Hasta me dijeron que de los miles de habitantes del pueblo no podía ser yo como ellos, que lo pagaría caro, y mucho más. Me hizo daño, pero no me hizo retroceder ni cambiar nada de lo que yo tenía por dentro. Al contrario, lo sentía más fuerte. Con todo mi cariño y mi respeto decidí irme a la Pascua sin decirles nada. (Aclararé aquí que ya tengo treinta y un años, estoy casada, con dos hijos y una libertad recién estrenada que quiero mía y que ahora sé que nunca ha sido tan mía).

Llegué a la hora de la cena y no sé cómo de pronto estaba cenando con el padre Chus y contigo. Le conté que seguramente no podría hacer el retiro por la presión de mis padres, que no me atacaban ya solo a mí sino a través de mi marido, y por la responsabilidad de los niños pequeños. Querría ir a la efusión pero... ¡qué decepción!

Lo que no me imaginaba es que en medio de la celebración pascual preguntara si había alguien allí que quisiese recibir la efusión y que todavía no lo hubiese hecho. No me lo podía creer. Levanté tímidamente la mano y él dijo: “Sí, Mayte, sí, ven aquí”. Invité a todos los que estuviesen en la misma situación. Dos de mis amigos que ni se lo esperaban, también fueron llamados a participar.

En el momento en el que Chus transmitió: “Todos los que estáis aquí no habéis venido por casualidad, soy yo quien os ha llamado...”, mi alma saltaba de gozo y no podía dejar de temblar de emoción. Cuando se alzó el canto en lenguas un temblor recorrió todo mi cuerpo. Yo pensaba en el

Señor y le decía: “Tuya soy para siempre, coge mi corazón que es tuyo. Solo quiero amarte y sentir tu amor”. Vi que el sacerdote empezaba a poner sus manos sobre mis compañeros y cuando llegó a mí sentí posarse sus manos suavemente en mi cabeza y una fuerza que poseía una dulzura inexpresable me recorrió de la cabeza a los pies. Al mismo tiempo que esa fuerza me recorría iba perdiendo fuerza en el cuerpo, mis piernas no se pudieron sostener recorrida entera, como digo, por una corriente dulce que me hacía caer. Sentí que alguien me sujetaba por detrás y me acariciaba el pelo, les oía dar gloria al Señor y sentía su gozo. Solo recuerdo de aquel instante eterno que en un momento vi a Jesús que era Dios vivo. Estaba vivo y abrió sus brazos de par en par y me abrazó el alma. Una explosión de gozo me llenó, creo que reía y lloraba a la vez. No podría describir todo eso con palabras. Duró solo un instante pero cambió mi vida para siempre.

Cuando abrí los ojos vi desde abajo que la gente que me rodeaba reía y daba gloria y alabanzas. La gente me abrazaba y yo estaba un poco aturrida. Entonces viniste tú para sostenerme y ayudarme a llegar a mi asiento.

Después llegó el momento de la consagración y yo no paraba de mirar el enorme crucifijo que presidía la capilla porque Aquel que se hacía presente en la eucaristía y que estaba clavado en esa cruz me había tenido entre sus brazos. Ya no era un desconocido, alguien que está ahí lejos, alguien a quien se le guarda respeto, se ritualiza y que incluso nos provoca algún sentimiento piadoso. No. Yo veía a Cristo vivo, real y presente en mi vida, amándome, como dijo Chus, hasta el extremo. Y mi alma se derramaba en lágrimas porque no puede haber otro lenguaje que exprese el agradecimiento. Dios que es Dios todopoderoso, el Altísimo, el que es y nada hay por encima de él, ese se derrite de amor por cada uno de sus

hijos. Si el mundo conociese y creyese y viviese esa verdad, ardería toda la humanidad.

Por eso no podía callar todo esto. El domingo di testimonio en mi grupo. Me resultó muy difícil a nivel humano y personal decir todo esto delante de tanta gente. Este día hubo más gente que nunca en el grupo y gente nueva que yo no conocía. Pero es tan grande lo que me inflama por dentro que no lo puedo callar. Les grité la verdad: que estábamos allí alabando y no sé si nos dábamos cuenta de que Jesús, nuestro Jesús, vive de verdad. Les dije que miraran el enorme crucifijo de San Francisco de Asís que hay en la capillita de las Clarisas y que sintieran que esos brazos están de par en par para cada uno de ellos. Que le entregaran todo lo que hay en su corazón, especialmente sus miedos, temores, heridas..., en definitiva, sus cruces. Que se lo entregaran

y le amaran porque Él haría el resto. Después sentí la necesidad de imponerles mis manos en oración por cada uno de ellos. Oraba en lenguas y era capaz de conocer en ese momento en qué medida estaban abiertos al Espíritu o en qué medida estaban heridos, y pedía por ellos. (De todos los corazones los que sentí más llenos fueron los de las monjitas, en especial el de la hermana superiora, que me sorprendió por su fuerza).

Todavía no sé de dónde saqué el impulso, la fuerza o la valentía para hacer aquello. Todo esto es muy nuevo para mí y me gustaría que me guiseara. No sé si lo que hice fue correcto. La directora de mi grupo, sor Dolores, me dijo que ya era hora de que empezase a despertar lo carismático que de verdad debería tener un grupo carismático y eso me tranquilizó. Hice lo que sentía que tenía que hacer y lo quería hacer por ellos, para que lo que

se me regaló en Pascua fuera regalo también para ellos. Por cierto, no puedo dejar de pensar que no merecía tanta gracia, que ha sido enormemente grande conmigo sin ser digna de ello y en ello veo la grandeza de su amor. Comprendo las palabras de Chus: Todo es gratuidad... y a manos llenas.

Dejadme daros otra vez las gracias por vuestra generosa humanidad y por ser instrumentos de acción del Espíritu. No hay tarea más bella ni mejor sentido para una vida. No os deis por vencidos nunca. Perseverad porque vuestra tarea es inmensa y enormemente agradable para Dios.

Os quiero.

*Mayte González Gallego
Grupo de "El Divino Salvador" de
Madrirdejos (Toledo)*



Recordemos qué es la Renovación

EL FIN DE SEMANA DE DUQUESNE

Patti Gallagher Mansfield

La gente con frecuencia me pregunta si me canso alguna vez de contar la historia del fin de semana de Duquesne. No me canso nunca, porque es una historia de amor: la historia de la respuesta de Dios, extraordinaria y llena de gracia, a la oración de algunas personas muy corrientes.

En Lucas 11 Jesús dice: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuanto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!” He aquí un principio infalible: Desde el primer Pentecostés, el Espíritu Santo siempre ha venido en respuesta a la oración ferviente..., a la oración que tiene hambre y sed de más de Dios..., a la oración que pide, busca y llama. En mi libro *Como en un nuevo Pentecostés* describo cómo todo el siglo XX fue dedicado al Espíritu Santo de un modo especial. La beata Elena Guerra, al inicio del siglo XX, urgió al Papa León XIII a llamar a toda la Iglesia a orar más fervientemente al Espíritu Santo..., para ser como un cenáculo permanente de oración. Y desde luego recordáis la oración al Espíritu que rezamos para el Concilio Vaticano Segundo: “Espíritu Divino, renueva tus maravillas en nuestros días como en un nuevo Pentecostés”.

En la primavera de 1966, dos profesores de la Universidad de Duquesne estaban **pidiendo, buscando y llamando**. Se habían comprometido a orar a diario por una efusión mayor del Espíritu Santo en sus vidas, usando la hermosa secuencia del himno de Pentecostés. En medio de este tiempo de oración, algunos amigos les dieron dos libros: *La Cruz y el Puñal* y *Hablan en otras lenguas*. Ambos libros describen la experiencia del bautismo en el Espíritu Santo. Los hom-

bres de Duquesne se dieron cuenta de que este bautismo en el Espíritu era justo lo que estaban buscando.

En enero de 1967, cuatro católicos de Duquesne asistieron a su primer encuentro de oración carismática interconfesional – el encuentro de Chapel Hill – en casa de la Sra. Flo Dodge, una presbiteriana llena del Espíritu. Es bastante interesante que unos pocos meses antes de que estos católicos fueran a su casa, el Señor hizo que Flo leyera Isaías 48, donde anuncia que va a hacer “algo nuevo”.

Desde luego, Dios estaba a punto de hacer algo nuevo entre los católicos como resultado del encuentro de oración. Los de Duquesne quedaron impresionados por lo que vieron allí. El 20 de enero, dos hombres volvieron a ir. Recibieron el bautismo en el Espíritu Santo y comenzaron a manifestar carismas. Regresaron a casa para orar por los otros dos que no habían asistido esa noche.

En esa época yo era miembro del grupo de estudio de la Escritura *Chi Rho* que se reunía en el campus de Duquesne. Dos de estos profesores servían como moderadores de *Chi Rho*, y aunque no nos habían contado su experiencia carismática, los que les conocían bien advirtieron que irradiaban una nueva alegría. Estábamos planeando nuestro retiro en febrero y los profesores sugirieron un tema nuevo: “**El Espíritu Santo**”. Para preparar el retiro nos pidieron que oráramos con esperanza, que leyéramos *La Cruz y el puñal* y los cuatro primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles.

Unos pocos días antes del retiro me arrodillé en mi habitación y oré: “Señor, creo que yo ya he recibido tu Espíritu en el Bautismo y la Confirmación. Pero, si es posible, que tu Espíritu obre más en mi vida de lo que lo ha hecho hasta ahora, **¡lo quiero!**”. La drástica respuesta a mi oración llegaría pronto.

El 17 de febrero, alrededor de 25 de nosotros nos fuimos a la casa de retiros “El Arca y la Paloma”, a las afueras de la ciudad. Mientras nos reuníamos para cada sesión, nuestros profesores nos dijeron que cantáramos como oración el antiguo himno *Veni Creator Spiritus*. El viernes por la noche hubo una meditación sobre María. Luego tuvimos una celebración penitencial. En el Evangelio de Juan leemos que cuando el Espíritu venga convencerá al mundo de pecado. Eso es lo que sucedió entre nosotros al arrepentirnos en el sacramento de la reconciliación.

El sábado, un miembro del grupo de oración de Chapel Hill vino a hablar sobre el capítulo 2 de los Hechos. Todo lo que nos dijeron fue que era una amiga protestante de uno de nuestros profesores. Aunque su presentación fue muy sencilla, estaba llena de poder espiritual. Habló sobre rendirse a Jesús como Señor y Maestro. Describió al Espíritu Santo como la Persona que la llenaba a diario de poder. ¡Era alguien que realmente parecía conocer a Jesús íntima y personalmente! Conocía el poder del Espíritu Santo como lo hicieron los Apóstoles. Yo sabía que quería lo que ella tenía y escribí en mis notas: “Jesús, sé real para mí”.

En el debate después de su charla, David Mangan propuso que finalizá-



ramos nuestro retiro con una renovación de nuestra Confirmación; que, como jóvenes adultos, diéramos nuestro “sí” personal al Espíritu Santo. Le cogí del brazo y dije: “Aunque nadie más quiera hacer esto, yo quiero”. Luego arranqué una hoja de papel y escribí: “¡Quiero un milagro!”, y la puse en el tablón de anuncios.

El sábado por la noche se planeó una fiesta de cumpleaños para algunos de los que estábamos, pero había como indiferencia en el grupo. Entré en la capilla del piso de arriba..., no a orar sino a decirles a los estudiantes que estaban allí que bajaran a la fiesta. Pero, cuando entré, me arrodillé ante la presencia de Jesús en el Santísimo. Literalmente temblé con una sensación de asombro ante su majestad. Supe de un modo abrumador que Él es el Rey de Reyes, el Señor de Señores. Pensé: “Más vale que salgas pronto de aquí antes de que te suceda algo”. Pero por encima de mi miedo estaba el deseo mucho mayor de rendirme incondicionalmente a Dios.

Oré: “Padre, te entrego mi vida. Acepto cualquier cosa que me quieras pedir. Y si significa sufrir, lo acepto también. Sólo enséñame a seguir a Jesús y a amar como Él ama”. Al momento siguiente, me encontré postrada, con mi cara en el suelo, e inundada de una experiencia del amor misericordioso de Dios..., un amor que es totalmente inmerecido, pero profusamente dado. Sí, es verdad lo que escribe San Pablo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo”. Me había quedado descalza en este proceso. En verdad estaba en tierra sagrada. Me sentí como si quisiera morirme y estar con Dios. La oración de San Agustín recoge mi experiencia: “Oh, Señor, nos has hecho para ti y nuestros corazones no tienen descanso hasta que descansen en Ti”. Por mucho que quisiera quedarme disfrutando de su presencia, sabía que si yo, que no soy especial, podía experimentar el amor de Dios de esta manera, cualquiera en la faz de la tierra lo podría hacer.

Corrí escaleras abajo para contarle a nuestro capellán lo que había pasado, y dijo que David Mangan había estado en la capilla antes que yo y había encontrado la presencia de Dios del mismo modo. Dos chicas me dije-

ron que mi cara estaba resplandeciente y querían saber lo que había sucedido. Yo no estaba suficientemente familiarizada con la Biblia para conocer ese pasaje de II Corintios donde se describe a Moisés, cuyo rostro brillaba cuando volvió de la montaña. San Pablo escribe: “Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos”. Conduje a estas dos estudiantes a la capilla y comencé a orar: “Señor, lo que sea que acabas de hacer por mí, ¡hazlo por ellas!” ¡Ese fue probablemente el seminario de Vida en el Espíritu más corto de la historia!

Durante la hora siguiente Dios atrajo de forma soberana a muchos de los estudiantes a la capilla. Algunos reían, otros lloraban. Algunos oraban en lenguas, otros (como yo) sentían una sensación ardiente en sus manos. Uno de los profesores entró y exclamó: “¿Qué va a decir el obispo cuando se entere de que todos estos chicos han sido bautizados en el Espíritu Santo?” Sí, hubo una fiesta de cumpleaños esa noche, Dios la había organizado en la capilla de la estancia superior. **¡Era el nacimiento de la Renovación Carismática Católica!**

Cuando volvimos al campus, creamos bastante conmoción. Una amiga me dijo: “Patti, si no te conociera bien, diría que estás borracha”. Como los apóstoles después de Pentecostés, no podíamos dejar de hablar de las cosas que habíamos visto y oído. Literalmente nos habíamos tropezado con carismas como la profecía, el discernimiento de espíritus y la sanación. Uno de nuestros profesores dio testimonio a sus amigos de la Universidad de Notre Dame y de la Michigan State con estas palabras: “Ya no tengo que creer en Pentecostés; ¡lo he visto!” En los últimos 40 años la gracia de este nuevo Pentecostés se ha extendido desde un puñado de estudiantes en el fin de semana de Duquesne a millones de católicos en todo el mun-

do. **¿Por qué?** ¡Porque Dios está decidido a enviar su Espíritu para renovar la faz de la tierra!

Una última palabra: en su prólogo a mi libro, *Como en un Nuevo Pentecostés*, el Cardenal Suenens escribió que “Jesucristo sigue naciendo místicamente del Espíritu Santo y de María” y que nunca deberíamos separar lo que Dios ha unido. Si nosotros en la Renovación queremos proclamar al mundo a Jesús, necesitamos el Espíritu Santo y necesitamos a María, la Madre. Así como María estaba en la estancia superior en Pentecostés, ella está con nosotros cuando quiera que volvemos a la estancia superior. Solo con que la acogiéramos como Madre como lo hizo el discípulo amado, Juan, nos enseñaría cómo rendirnos a la voluntad del Padre, cómo ser fieles a Jesús hasta la cruz, cómo pedir más del Espíritu Santo con un corazón humilde, puro y dócil, cómo ser una sola familia. Ella es la esposa del Espíritu Santo y sabe mejor que nadie cómo rendirse a Él. Y así, haciendo eco del Magnificat de María, quiero proclamar que, **“ha hecho en nuestro favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre”**. ¡AMÉN!

© Patti Gallagher Mansfield

Publicado en el número 176 de Euccril (Boletín de la Renovación Carismática Católica Europea)



Noticias...Noticias...Noticias

Queridos hermanos: Gracia y paz de parte de Jesús el Señor:

Os comunicamos con una gran alegría que como en años anteriores nos encontraremos los hermanos de la RCCeE los próximos **13 y 14 de octubre** bajo el lema “**Alegraos en el Señor**”.

Os animamos a venir a todos, ya que estos encuentros son momentos de gran fraternidad y de gracia.

Predicarán en el encuentro: Matteo Calisi. ex-vicepresidente de ICCRS y M^a Jesús Casares.

El **horario** del encuentro es el siguiente:

Sábado día 13

10,30 Acogida
11'00 Laudes
12'00 Enseñanza
13,30 Intercesión
Comida
16'30 Alabanza
17'30 Enseñanza
18'30 Descanso
19'00 Eucaristía
20'30 Cena
22'00-23'00 Adoración

Domingo día 14

10'00 Laudes
11'00 Enseñanza
12'00 Descanso
12'30 Testimonios
Comida
16'00 Eucaristía.
18'00 Despedida.

El **lugar** del encuentro será el Palacio Municipal de Congresos de Madrid en el recinto ferial Juan Carlos I.

En el Palacio dispondréis de consigna todos aquéllos hermanos que os alojéis en hoteles y necesitéis dejar allí la maleta.

También se dispondrá de **guardería** para niños entre 3 y 12 años, y de un servicio de comedor. Para poder comer a través de este servicio, es imprescindible apuntarse y pagar antes del 15 de Septiembre ya que hay que reservar el número de comidas necesarias. Los que contraten comidas lo harán en un restaurante muy cercano al Palacio, pero los que lleven su propia comida tendrán que hacerlo fuera del recinto porque no se dispone de sitio.

Os agradecemos que realicéis los **pagos** a través de los servidores de vuestros grupos, **antes del 30 de Agosto** ya que tenemos que pagar por adelantado una cantidad importante al Palacio de Congresos.

¡Os esperamos! Un saludo en el Señor.

El Equipo Organizador

RETIRO DE PENTECOSTÉS

Predicará el Padre Vicente Borragán

LUGAR: En Villagarcía de Campos, pueblo cercano a Valladolid, en la casa de retiros de los Padres Jesuitas. Es una casa que acoge desde hace muchos años los retiros de la renovación en Castilla y León.

CALENDARIO: 26 y 27 de Mayo

TRANSPORTE: Hay autobuses de línea y pondrán un autocar.

Para cualquier información están a vuestra disposición:

Mary Cruz Fernández: 983206469

Nines: 983224252

RETIRO DE PENTECOSTÉS

LUGAR: Madrid. Colegio del Sagrado Corazón C/ Alfonso XIII, nº 127, esquina a C/ Paraguay (entrada al colegio por Paraguay)

CALENDARIO: 26 de Mayo

TRANSPORTE: Metro: Colombia (línea 9). Desde la plaza de la Republica Dominicana, coger la calle Costa Rica y la tercera calle a la izquierda es Paraguay. Autobuses: 51, 40, 52 y 11.

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA RELIGIOSAS

Los dirigirá el Padre Chalo González

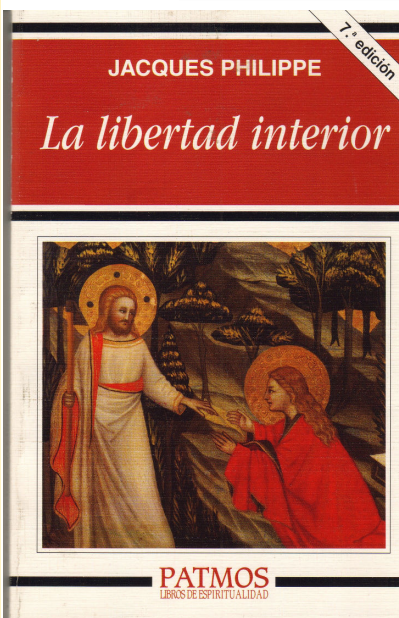
LUGAR: Villagarcía de Campos

CALENDARIO: Del 1 al 9 de Agosto

PRECIO: 232 €

Contacto: Esperanza Prieto. C/ S. Antonio de Padua, 40 3º B// 28026-MADRID. Tfno-914 767 182. e-mail: eroprieto@yahoo.es ó Almudena Vidal. e-mail: avgago@yahoo.es

Ideas Para Tu Biblioteca

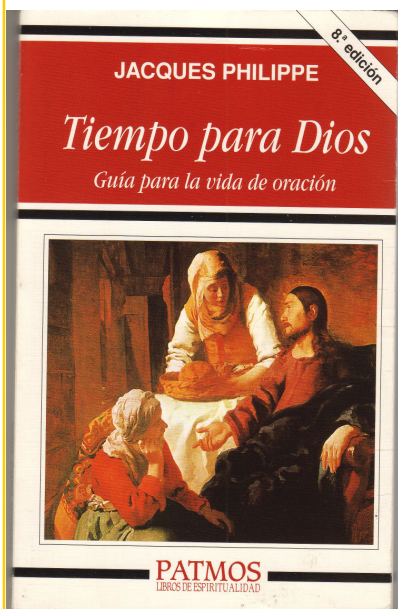


Autor: Jacques Philippe

Título: La libertad interior

Este libro pretende abordar un aspecto fundamental de la vida cristiana: el de la libertad interior. Su objeto es muy sencillo: considero esencial que cada cristiano descubra que, incluso en las circunstancias externas más adversas, dispone en su interior de un espacio de libertad que nadie puede arrebatarse, porque Dios es su fuente y su garantía. Sin este descubrimiento, nos pasaremos la vida agobiados y no llegaremos a gozar nunca de la auténtica felicidad. Por el contrario, si hemos sabido desarrollar dentro de nosotros este espacio interior de libertad, sin duda serán muchas las cosas que nos hagan sufrir, pero ninguna logrará hundirnos ni agobiarnos del todo.

La afirmación fundamental que queremos desarrollar es muy simple, pero de gran alcance: el hombre conquista su libertad interior en la misma medida en que se fortalecen en él la fe, la esperanza y la caridad.



Autor: Jacques Philippe
Título: Tiempo para Dios

En la oración, nuestra principal tarea es amar, pero en la relación con Dios, amar es, en primer lugar, dejarse amar. ¡Y no es tan fácil como parece! Hay que creer en el amor, a pesar de que tenemos una gran facilidad para dudar de él, y aceptar también nuestra pobreza.

A menudo resulta más fácil amar que dejarnos amar: hacer algo por nuestra parte, dar, es gratificante: ¡nos creemos útiles! Dejarnos amar supone que aceptamos no ser ni hacer nada. Este es nuestro primer trabajo en la oración: no pensar ni ofrecer ni hacer algo por Dios, sino dejarnos amar por Él como niños pequeños. Ceder a Dios el placer de amarnos. Y si nos resulta difícil, significa que no creemos ciegamente en el amor de Dios por nosotros; y eso implica también la aceptación de nuestra pobreza. Ahí llegamos a algo absolutamente fundamental: no existe un auténtico amor a Dios que no se base en el reconocimiento de la absoluta prioridad de su amor por nosotros, que no haya comprendido que, antes de hacer lo que sea, tenemos que recibir: «En esto está el amor, nos dice san Juan, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero» (I Jn 4, 10).

Autor: Jacques Philippe
Título: La paz interior

Nuestra época es una época de agitación y de inquietud. Esta tendencia, evidente en la vida cotidiana de nuestros contemporáneos, se manifiesta también con gran frecuencia en el ámbito mismo de la vida cristiana y espiritual: nuestra búsqueda de Dios, de la santidad y del servicio al prójimo suele ser también agitada y angustiada en lugar de confiada y serena, como lo sería si tuviéramos la actitud de los niños que nos pide el Evangelio.

Por lo tanto, es fundamental que lleguemos a comprender un día que el itinerario hacia Dios y hacia la perfección que se nos pide es mucho más eficaz, más corto y también mucho más fácil cuando el hombre aprende poco a poco a conservar en cualquier circunstancia una profunda paz en su corazón.



A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 914395071 (Irene Laín)
 e-mail secretaría: beacarrasco@telefonica.net
 Correo ordinario: Irene Laín Martínez
 C/ Marroquina, 72 1ªA –28030– Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Mamen Sánchez, Clara Albert, María de la Fuente, Dori
 Fernández, Mabel Suárez, Encarna Arnedo, Irene Laín